

Marta canta al fin después de tantos años de silenciosa amargura. Todo gracias a que había cometido una insensatez. Se le había ocurrido marcar un número al azar. Después de haber probado unos cuantos, una voz más amable de lo que jamás hubiera imaginado respondió a su grito de auxilio. Entonces, para aprovechar la ocasión, sintió la necesidad de contárselo todo, de confesarle todos y cada uno de los secretos que había mantenido encerrados en su pecho pudriéndose sin poder ver la luz. Para empezar lo del VPH, que al menos no se trataba de un virus mortal, pero durante años había estado yendo al ginecólogo sin decírselo ni siquiera a su madre. Aquel lamentable recuerdo se lo había traído de Nueva York. Allí había pasado un mes haciendo un curso de inglés. Para practicar, se iban los fines de semana a la discoteca. Pues bien, ese regalito, y también un intento de violación sobre un coche, era lo que había recibido a cambio de perder su virginidad. Y, casualmente, ambas agresiones contra su integridad física y psíquica habían sido perpetradas por hombres de color. Aunque sabía a la perfección que la africana y la americana eran dos culturas diametralmente opuestas, aún sentía su corazón acelerarse cuando veía a los negros que vendían CDs en la calle. Aquel había sido su primer gran viaje al extranjero cuando había cumplido los dieciocho. Más que a estudiar, había ido desmadrarse, porque ante todo quería convertirse en una chica liberada. Sin embargo, lo único que logró fue regresar más atemorizada. En el fondo siempre había tenido miedo a todo, aunque tratara de mostrar justo lo contrario. Por eso, cuando llegaba a casa, angustiada, se ponía a comer. Compraba en el supermercado todo lo que le apetecía y engullía hasta reventar, ya que no temía engordar pues conocía el modo de evitarlo. Recordaba que su madre, al llegar a los cuarenta, había empezado a ganar peso y le ofrecía de merienda sus barritas de Biomanán. Por entonces creía haber ya descubierto el modo de dominar no sólo su cuerpo, sino su vida, vomitando cuanto ingería. Pensaba que todo era así de sencillo, y que, como la princesita de un cuento, se casaría cuando quisiera con quien ella deseara, no en vano desde niña todos le iban detrás. Sus cabellos rubios, su piel tan fina, y su delicadeza al hablar, le hacían sentirse una especie de Blancanieves a punto de encontrarse con el príncipe azul. Durante la carrera salía de noche prácticamente todos los fines de semana, y como no sacaba malas notas, se creía omnipotente. Lo del doctorado reconocía que había sido un error. Si durante la adolescencia se había creído capaz de destacar sobre su madre, nunca debiera haber deseado llegar tan alto como su padre. Ahora se conformaba con un triste empleo monótono y aburrido rodeada de engreídos enchufados. Todos habían pasado las pruebas de acceso del mismo modo que ella, conociendo algún jefado que les había conseguido una entrevista con el jefe de personal, el cual les había proporcionado las soluciones a los exámenes. Si estaba tan deprimida era porque tenía menos independencia aún que su madre. Pero eso se había terminado, siendo ésa la razón que ahora la impulsa a cantar.